



EDITORIAL

## EL REENCUENTRO ENTRE RELIGIÓN Y MODERNIDAD

*Jürgen Habermas, un itinerario intelectual  
de exclusión e integración de la religión  
en la modernidad.*

**N**O cabe duda de que una sociedad en que sus miembros se miran con sospecha y sin respeto no es una sociedad con *cohesión social*. Una sociedad sin cohesión podrá generar tensiones, luchas, marginación, menosprecios y reivindicación de un trato injusto por parte de unos y otros, incluso violencia y agresión intelectual o física. No es infrecuente observar en nuestras sociedades desarrolladas situaciones en que grupos de diferente signo e ideología, no sólo política sino social, cultural o religiosa, se oponen a otros con violencia verbal y física, produciéndose embarazosas situaciones de enfrentamiento. La causa de estos conflictos interhumanos radica en que unos y otros grupos consideran que el «otro grupo» no responde a lo que debiera ser en derecho la existencia humana, personal y colectiva. El otro grupo no responde a la condición humana porque se está fuera de la razón, de la moral, del ejercicio de la justicia, y es un peligro para quienes quieren una sociedad que construya el hombre ideal.

Son numerosos los documentos de la Comunidad Europea que mencionan la *cohesión social*, entendida como un bien precioso que un recto gobierno en todo caso debería preservar y fomentar. Se es consciente de que más allá de las apariencias en que las naciones europeas concurren a participar en elecciones políticas, de forma ordenada y sin tensiones, eligiendo «lo que se les da a elegir» en marcos generalmente rígidos, la conciencia profunda de masas importantes de ciudadanos puede sentir un profundo malestar por la pobreza, la injusticia, la marginación, los imperativos de conciencia, entre estos incluidos los religiosos...

El aumento creciente de la población islámica en las diversas naciones europeas, y el mayor crecimiento que puede preverse en el futuro, por natalidad e inmigración, ha hecho que muchos se hayan planteado qué puede significar en el futuro tener una socie-

dad desintegrada, sin *cohesión social*. Pero no es éste el único malestar de la conciencia europea. Hay otros malestares europeos, más esenciales, que se han ignorado, que se han tratado de superar, pero que siguen estando ahí sin resolver. Uno de ellos es el desencuentro que hace ya siglos se produjo entre la modernidad y el cristianismo en Europa, y en su medida, dentro de sus diferencias, en la sociedad americana, hija de Europa.

Este desencuentro fue bidireccional. La religión cristiana estaba instalada en el mundo antiguo y el nacimiento de la modernidad, y su pretendida emancipación de lo religioso, fue visto por ella como sospechoso, como un itinerario existencial personal y social, que no hacía justicia con el orden natural instaurado por Dios, en que éste era la piedra angular, insustituible, que daba sentido a todas las cosas. La modernidad, a su vez, se entregó creativamente a sus propias emociones y a su racionalidad «emancipada», y vio el mundo religioso como un reflejo arcaico de una antigüedad que no respondía ni a la razón ni a la auténtica moral autónoma que la naturaleza confería legítimamente al hombre.

Este desencuentro no fue irrelevante, sino que indujo a muchos a pensar que el «otro», bien fuera la modernidad o el cristianismo, construía su existencia fuera del derecho natural. Se toleraba pragmáticamente al «otro», pero el juicio de fondo era duro. No había un respeto existencial en profundidad. La tolerancia no era el respeto profundo exigible para la cohesión social y para la paz de las conciencias. La religión veía el mundo moderno fuera del reconocimiento del orden racional fundado en Dios y la modernidad miraba la religión como un rechazo emocional del orden natural de la razón inequívocamente alcanzado por el orden laico instaurado por la modernidad.

Sin embargo, la mayor parte de los ciudadanos europeos, integrados en la modernidad sinceramente y viviendo, al mismo tiempo, en su conciencia profunda una experiencia religiosa, ven con un asombro que apenas aciertan a expresar el desencuentro entre una sociedad que ignora, e incluso margina, totalmente lo religioso y una religión que se siente objeto de injusticia y que siente que se está lesionando el orden instaurado por Dios.

Pero el ciudadano normal, que no es ni filósofo ni ideólogo, ni de la modernidad ni del cristianismo, tiene la intuición existencial de que modernidad y religión, la religión cristiana europea, son compatibles, son reflejos de la única razón con que Dios ha querido ordenar el orden natural en que los hombres deben construir sus vidas en libertad. De ahí el malestar de sentir que la cultura europea objetiva no ha llegado a integrar sin conflicto lo que en la vida del ciudadano europeo, al menos en una gran parte de ellos, sin duda mayoritaria, se ha integrado sin conflicto: la modernidad y la religión cristiana.

Agustín Domingo Moratalla ha recogido, en el artículo que publica este número de *Pensamiento*, el análisis de dos autores que han caído en la cuenta de que la religión sigue estando presente en la modernidad, aunque la forma objetiva de la cultura moderna haya olvidado que los ciudadanos de la modernidad siguen siendo globalmente religiosos. Por ello, para Habermas y para Taylor, la modernidad no podrá evolucionar hacia la *cohesión social* si no aprende a respetar profundamente la religiosidad. Pero esto no será posible si, a su vez, la religiosidad, el cristianismo, no aprende a respetar profundamente la modernidad. Está abierto, pues, un ámbito de diálogo, al que son sensibles cada vez más pensadores y al que sin duda ayudará el talante dialogal de Ricoeur. El papa Benedicto XVI, como hombre culto conocedor de la gloria y la miseria de la cultura europea, ha dado muestras de ser sensible también a la necesidad de este pendiente reencuentro, desde hace siglos, entre cristianismo y modernidad.